

¿Puede ser la ciencia en México factor de crecimiento?

Víctor Hernández*



Pochteca del blanco viento (2009). Técnica mixta (acrílico y tierra sobre tela), 25x25 cm.

En un editorial del periódico *El Universal* (marzo 15, 2011) titulado “Miedo a las matemáticas” se comentan dos “datos” dados a conocer en el estudio *Prospectiva México visión 2030* del Foro Consultivo Científico y Tecnológico. El primero de ellos se refiere a la posibilidad de que para el 2015 —es decir, dentro de cuatro años— sólo el 8% de los jóvenes del país esté en el SNI (Sistema Nacional de Investigadores), mientras que el segundo indica que para el 2030 probablemente sólo el 3% cursará una carrera orientada a la investigación.

A partir de allí o la editorialista se permite una serie de comentarios alarmantes que bien podrían ignorarse si no fuese por el hecho de que el asunto no suele ser, a pesar de su incuestionable importancia, un tema que llame la atención de los medios. Pero, ¿cuál es exactamente el problema

de la ciencia en México? Según el mencionado editorial:

Pudiera pensarse que el problema se reduce exclusivamente a que no hay suficientes recursos para invertir en ciencia, pero esto sólo es un síntoma más de una crisis estructural, que se arrastra desde la base del sistema educativo, en el que no se ha sabido inculcar entusiasmo en los estudiantes por las ciencias exactas.

Desde luego, lo que queda manifiesto es que el o la editorialista no se tomó la molestia de leer el documento *Futuros del sistema nacional de ciencia y tecnología* del citado Foro Consultivo Científico y Tecnológico (el cual se puede conseguir por internet) y, por lo tanto, pierde de vista el carácter condicional de los escenarios que plantea el citado estudio. Es decir, se habla de futuros y no

Existe, desde luego, una sobredemanda en carreras como Derecho y Administración (y las universidades suelen mirar a otro lado cuando se pregunta sobre las tasas de subempleo y desempleo en esas áreas).

del futuro porque se perfilan entre cuatro y seis estados posibles —que van de lo peor a lo óptimo o deseable— a partir del supuesto de lo que se haga, se siga haciendo o se deje de hacer en los próximos años.

Contrario a lo que sostiene el editorial, un factor crucial sobre el tipo de futuro que se puede lograr en este campo tiene que ver con el presupuesto destinado a Ciencia y Tecnología (CyT). Y si como dice el citado estudio, “el año 1970, cuando se creó el CONACyT, está tan sólo un poco más alejado del presente que el 2030” (p. 15), se debe a lo poco que se ha invertido en ciencia y tecnología (siendo el 2030 el escenario tendencial prefigurado a partir del comportamiento pasado y presente).

Sólo los países subdesarrollados (o “en desarrollo” perpetuo) invierten muy poco en CyT, pero México destaca por invertir incluso menos que países con menor ingreso (en los últimos años la inversión directa ha sido del .4% del PIB a pesar de la promesa del 1%). Obviamente, aún queda por indagar si esa modesta suma se invierte adecuadamente y si a pesar de ello no rinde o no se traduce en los esperados beneficios socioeconómicos para el país. Este es un asunto que merece mayor espacio pero que no suele suscitar el interés mundano de los medios. Todo lo contrario, si me permito citar de nuevo otra observación temeraria del mismo editorial:

Los alumnos mexicanos, por lo general, temen a las matemáticas, a la física o a la biología, prejuicios que arrastran por todo el ciclo escolar hasta llegar a la universidad, donde se aprecia una sobredemanda de carreras humanísticas, generadoras de empleados orientados al sector de los servicios, con sueldos y empleos a la baja.

De nueva cuenta, se habla con el único fin de justificar una idea preconcebida al margen del estudio que presume comentar. Existe, desde luego, una sobredemanda en carreras como Derecho y

Administración (y las universidades suelen mirar a otro lado cuando se pregunta sobre las tasas de subempleo y desempleo en esas áreas). Pero sólo por ignorancia se podría asegurar que los que hacen Administración le temen a las matemáticas y viceversa, que por el simple hecho de estudiar una ingeniería y saber un cierto número de teorías matemáticas hará investigación científica. La pontificación también ignora que en Humanidades se hace investigación y que hay mucha investigación que se hace, por ejemplo en biología, con un mínimo de matemáticas.

Por consiguiente, lo que se requiere es mentalidad o cultura científica y humanista; para ello se requiere una mayor inversión en CyT. Si se repara en que las últimas dos décadas el crecimiento económico del país ha sido poco más que nada, la inversión del .4% en CyT del PIB resulta ridícula y es tonto pensar que con esos montos la ciencia pueda ser impulsor de crecimiento.

Una vez que se ha constatado que el Tratado de Libre Comercio y el Modelo Maquilero han agotado su poder de crecimiento, el dilema de México es hoy más que nunca crucial. Dado que la clase política ha dado muestra suficiente de ignorar la relevancia de la ciencia para la mejora del país, queda por ver de dónde vendrá la presión para cambiar el rumbo. El estudio citado no es muy optimista al respecto: “Dado el bajo nivel de la cultura científica y tecnológica de la población, parece difícil que la presión para que dichas políticas se fortalezcan provenga de la sociedad civil” (p. 134).

La cuestión fundamental es si las universidades, y en general los Institutos de Educación Superior, tendrán el suficiente valor civil y autoridad intelectual y moral para hacer valer nuestra quizá última oportunidad.

*Docente-investigador de la UACJ.